

EL EXCESO

EDGARDO SCOTT



emecé

Edgardo Scott

El exceso

Valle mira su cara en el espejo. No mira su expresión, no mira a través del rostro algo que se encontraría más allá, en alguna cavidad, en algún interior sentido sólo por él. Mira la superficie, la máscara ineludible que lo muestra y recubre a la altura de la cabeza. Abre la boca y le enseña los dientes al espejo. El ministro Augusto Valle posee una dentadura blanquísima, inmejorable. Son dientes genuinos; son, acaso, la mejor herencia que ha obtenido de su madre. Sus dientes poseen un esmalte brillante y amarfilado. Son dientes parejos, alineados, pero identificables uno por uno. Y si bien Valle no sabe nombrarlos a todos, sabe que las muelas, las que mastican, están atrás, y que antes de los cuatro del frente vienen los colmillos (entonces se le ocurre que los colmillos serían como los caballos en el ajedrez, ocuparían la misma posición –salteando los peones, claro– y siempre y cuando los dientes o la boca misma fueran un ejército de juguete).

Valle se acerca aún más al espejo y recorre con el dedo índice todo el frente, todo el lado exterior de sus dientes superiores. Los mira al detalle, regocijado. Los dientes de abajo, en cambio, no le interesan. Los dientes de abajo no sonríen ni convencen; no salen en las fotografías siquiera. Sus dientes de abajo forman una ojiva estrecha, están un poco apiñados y resultan indiscernibles unos de otros. Pero los dientes de arriba, en cambio, tienen presencia e identidad. Valen en conjunto, pero valen también por separado, pieza por pieza. Valle no percibe la metáfora, no registra en su devaneo dental ningún símbolo. Si lo hiciera, enseguida desecharía la fórmula, porque Valle desconfía de las metáforas. Los dientes superiores, para él, son sólo dientes, piezas dentarias. Y si algo representan, en todo caso, es un secreto orgullo, porque a su edad todavía los tiene todos y los tiene sanos.

Valle ahora pasa revista con la yema de su dedo índice, que resbala despacio, como paseando sobre el caminito apenas humedecido, de dientes siempre brillantes y blanquísimos. Sabe que no es un hombre hermoso. Sabe, a su vez, que no es feo. Su mayor defecto es que acaso ha engordado mucho en el último tiempo. Por otra parte, tiene ojos no muy grandes ni expresivos, una nariz redondeada, cejas comunes, y su cabello es fino y débil y, ahora, un tanto escaso. Todo eso, reunido y dispuesto de la manera en que está dispuesto, conforma una impresión, y es aquella impresión la que dice que no es un hombre hermoso

ni tampoco desagradable. Él cree, sin embargo, que el paso de los años lo ha favorecido. Es muy probable que tenga razón.

Como sucede en muchos casos, de niño, su timidez y su carácter dócil lo hacían apocado y lo alejaban de ser un niño vistoso, travieso o divertido. Uno de esos niños que divierten o llaman la atención de los adultos. Además, Valle era muy flaquito y esmirriado. Siempre le daban menos edad de la que en verdad tenía. *Un ratoncito*, tentó una maestra de sexto grado, con dulzura e ingenuidad brutal. *Una laucha*, remató un compañero, para toda la clase. La maestra no pasó por alto el incidente; retó con dureza al niño y retó a los demás por reírse. Pero ya era tarde, era imposible el retorno sin marcas. Desde entonces, *laucha*, o *lauchí*, fue su estigma durante el fin de la primaria. Y como una laucha supo recorrer o instalarse en las esquinas y zócalos del aula; supo perderse en el resto de la clase, hasta lograr ser apenas una cabecita más; una cabecita igual a todas, ocupando su casillero entre las series de bancos. Lo rescataban sus buenas calificaciones, pero, por otro lado, esas mismas buenas calificaciones carecían de gracia o valor para sus compañeros. Valle recuerda que no era el único; a muchos otros les sucedía lo mismo: eran felicitados por la maestra, pero ignorados por sus pares. Y en aquel tiempo nadie se fijaba en sus dientes. Las niñas preferían la simpatía o la audacia, la transgresión o hasta algún impulso desmedido y violento, a la obediencia, la bondad, o

la belleza misma. Además, pensaba Valle, a las niñas nunca les podría gustar una *laucha*.

Valle sintió una grandísima felicidad cuando sus padres, al ponerlo al tanto de una mudanza, le dejaron entrever la necesidad de un cambio de colegio. Pero una vez enterado temía que en el nuevo mundo aquella *laucha* también lo persiguiera. Aterrado, Valle se miró con insistencia al espejo durante aquel verano, esperando la metamorfosis. No sabía si aquella transformación lo terminaría de liberar o de hundir; si gracias a ella dejaría de ser una *laucha* (para adquirir de una vez y por completo la humanidad) o si, por el contrario, empezaría por fin a estrechársele del todo su cráneo, le brotaría una cola como de tanza, se le afilarían los dientes y le crecerían esos repugnantes bigotes de alambre. De cualquier modo, Valle quería que para bien o para mal la metamorfosis fuera definitiva. Que de una vez por todas su cuerpo y su carácter adoptaran una forma inalterable; no seguir padeciendo la indefinición, la ansiedad y la esperanza.

El verano pasó. Valle comenzó las clases en su nuevo colegio y fue comprobando, no sin desconfianza, que la *laucha* había quedado atrás, que evidentemente se había mantenido fiel al aula y a los pasillos del antiguo colegio O a los tirantes y agujeros de su casa. Y, por el contrario, su cuerpo, ajeno a la rumia de ideas, había crecido y mejorado bastante en esos meses. Tanto como para que aquella infamia –si bien nunca desaparecería del todo– no lo

acompañase en su nuevo mundo. Valle aceptaba la condición: podía tolerar que el alma del roedor, los fantasmas de la laucha permanecieran limitados al pasado y a los reflujos de su memoria, si a cambio desaparecían de la realidad.

La boca de Valle creció a la perfección. A lo largo de los años, muchas mujeres se lo hicieron notar. *Una boca perfecta*, suelen halagarlo. Incluso en la adolescencia, Valle comprendió aliviado que las apariencias eran muy importantes, que nunca daba lo mismo un cuerpo que otro, una boca que otra. Todo detalle era no sólo visible, sino también señalado y expuesto rápidamente. Cualquier carencia o exceso era una condena, porque ya de por sí todo tendía a deformarse, a la caricatura inmediata y cruel. Y, aunque su cuerpo ahora era otro que en la primaria, Valle confirmó una vez más que era mejor pasar desapercibido, resguardarse, permanecer callado. Así estaría a salvo de los escarnios periódicos. La laucha había regresado, pero victoriosa. Él sabía disimularse en los rincones, a ras del suelo, en los pliegues de silencio e indiferencia. Y ahora había beneficios en la conocida estrategia del roedor, porque los mismos rasgos y actitudes que antes habían sido su cruz lo protegían y hasta reivindicaban. Eran los compañeros que se exhibían, los rechazados. Eran los llamativos, los líderes, los que hablaban mucho y pretendían imponerse los que, después de una temporada de fervor, caían uno tras otro. En cambio, los de su especie, los ocultos,

los tibios gozaban, si no de simpatía, al menos de cierta indiferencia.

Recién en el último año del secundario, alguien notó durante una clase que Valle había mirado en demasía a una compañera (en demasía tratándose de Valle, porque en otros aquella demasía ya estaba prevista, aceptada de alguna forma, pero no en él, siempre guardado e impenetrable). Valle la había mirado justo cuando ella, al sentarse, cruzaba las piernas. *Gavilán*, cargó el compañero. Y, desde entonces, aquel nuevo apodo lo acompañó durante el último tramo de sus estudios (incluso hasta hoy, dentro de su círculo íntimo, alguno todavía lo recuerda y utiliza). Y como era un apodo que Valle no juzgó desfavorable –un *gavilán* no era una *lancha*– él también en su intimidad lo aceptó y adoptó, buscando apropiarse de sus rasgos.

Después de cada comida, a la noche y al despertar, es decir, como lo indicarían los pediatras y odontólogos, Valle se lava con minuciosidad su tesoro. No va al dentista, sin embargo, desde hace bastante tiempo (desde su adolescencia, cuando todavía su madre sacaba un turno *por y para* él y velaba por todo su cuerpo). Se dice que no lo necesita. Nunca siente dolor y además confía en que la salud de sus dientes es igual a su aspecto. Piensa que sus dientes son invulnerables. Y piensa que esa aptitud se debe, por partes iguales, a la mejor naturaleza, al cuidado ejemplar en su infancia y a la limpieza y admiración que él mismo les ofrece todos los días.

Valle suele prestarle mucha atención a la dentadura de los demás. Cree que la dentadura *dice* más que las palabras. *La gente que no cuida su boca es gente vaga, cobarde, inútil.*

Todavía frente al espejo, Valle distiende, abandona la sonrisa falsa, retrae en verdad la apertura necesaria de la boca, aquella que supo sostener para contemplar su dentadura, y se contempla todo él de nuevo, de pies a cabeza. No es gran cosa lo que ve, pero lleva un traje carísimo, un buen reloj, buenos zapatos y los mejores dientes. Y, si no alcanzara, lleva algo más, lo más importante, aunque invisible: es el ministro. Y eso es algo que ya es, como los dientes o como sus apodos, de su propiedad. Nadie podrá arrebatárselo. Incluso si dejara las funciones, siempre, en un plano, por haber sido, será el ministro.

Valle ha entrado al baño buscando estar solo un momento, buscando privacidad y refugio de todas las miradas, comentarios, demandas y favores que lo tienen como centro. Afuera (no afuera del baño, en el pasillo donde espera su custodio, sino un poco más allá), hay una sala completa para escuchar su discurso. Hoy no anunciará medidas; simplemente hará promesas y afirmará compromisos, estrechará manos y se sacará fotos. Hará política. Es el auditorio de una universidad privada. Él, que ya ha escuchado con atención desigual a otros disertantes, otros discursos, cerrará la jornada con el suyo. Ahora sucede lo que se denomina un *break* o intervalo. Frente al espejo, demorándose, a resguardo de los

otros, paladeando su fracción de soledad, Valle goza mirando los accesorios lujosos, la grifería dorada del baño; husmea también el perfume que sale de un aromatizador. Por rachas, fantasea con la mujer de un amigo y compañero. La mujer está afuera, en la sala, a dos lugares del suyo, y Valle recién hoy pudo advertir, como nunca antes, la tersura y el largo de sus piernas. Piernas que acaba de valorar sin medias; piernas formadas, de bailarina clásica. *De esas, piensa Valle, que son de tero cuando son chiquitas, pero que son de serpiente cuando crecen.* Valle ahora se mira al espejo, pero no se ve, abismado por la excitación.

Entonces respira. Respira y se vuelve a mirar al espejo. Se reconoce. No respira hondo, respira simplemente atendiendo a su respiración, atendiendo al aire pobre que puede tomar por la nariz y exhalar por la boca. No cuenta hasta diez, no hace ningún ejercicio de control mental o cosa por el estilo. Pero sabe que respirar es un buen truco para calmarse. Respirar y tomar noción, una breve pero efectiva noción de *qué* está haciendo; de dónde está y para qué vino. Valle logra calmarse y bajar la excitación que, como un sarpullido, lo había desesperado un instante. Más sereno, ahora comprende y reconoce otra necesidad: tiene hambre. Se dice que lo que tiene en verdad es eso, quizás sólo eso: hambre.

Valle se echa un poco más de agua a la cara y se seca usando unas toallitas de papel, que logra sacar con dificultad, de un bloque de plástico adosado a

la pared. Se mira otra vez al espejo, ya recompuesto, aplomado. Se acomoda el nudo de la corbata y alisa el traje. Se echa en la boca un *spray* con gusto a uva, un *spray* que suele llevar en el bolsillo interno del saco y que descubrió en el *free shop* de San Pablo en el último viaje. Sale por fin al pasillo alfombrado, supera al custodio y entra decidido a la sala. Se encamina por un costado, sin detenerse, directo hacia el escenario. Nadie lo frena. Alguna gente se pone de pie y aplaude.